

CAPITULO XIII

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA EL ISLAMISMO. — SUBLEVACION DE LOS MORISCOS

1568-1570

ODIOS NACIONALES ENTRE LOS ESPAÑOLES Y LOS MORISCOS. — EXPEDICION DEL MARQUES DE MONDÉJAR. — DON JUAN DE AUSTRIA. — CAMPAÑA DE DON JUAN DE AUSTRIA

I.—Odios nacionales entre los españoles y los moriscos

Entre todos los pueblos musulmanes el grupo de los moros, casi exterminado hoy, es el único que haya alcanzado un alto grado de civilización. Los reinos fundados por él casi igualaban en prosperidad en el siglo XIII á las repúblicas italianas. De aquí resultaba la anomalía de que en el mismo suelo, la raza superior, la de los españoles, permanecía belicosa, ignorante y frugal, mientras la raza inferior conocía los refinamientos del lujo y los delicados goces de la vida culta. Despreciábanse mutuamente; pero si los españoles no supieron comprender ni las maravillas de la mezquita de Córdoba ni los beneficios de la irrigación; si dejaron que se arruinaran los monumentos y los canales, no pudieron evitar que entraran en su lengua todas las palabras del idioma de los moros que expresaban lo que faltaba á los vencedores, el trabajo industrial y el encanto de la vida de familia. Las palabras almacén, algodón, azogue, alfóli, alcántara, aldabón; los nombres de minerales y de árboles provienen de los moros (1); la influencia de la mujer en la familia, de la mujer ocupada en el adorno y el bienestar, rodeada de muebles y labores, fué por mucho tiempo el privilegio de los moros, que la hicieron conocer á las mujeres españolas y enseñaron las expresiones de alquinal, albanega, albenda, almilla, alforza, alamar, alfiler, albayalde, alheña, almizcle, almohada, almadraque, alcoba, alfombra, almorrefa, alhaja, alcuza, y muchas otras más.

La conquista arruinó á muchas familias ricas y entregó los muebles al pillaje; pero los moros reconstituyeron rápidamente por medio de los trabajos agrícolas su bienestar interior. Dióse

(1) Cervantes, *Don Quijote*, cap. LVII. «Y este nombre es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en al.» Véase también Real Acad. Madrid, tom. IV, el diccionario de las palabras procedentes del árabe.

fecundidad á las mismas piedras, decían los españoles desdeñosos de la agricultura (2). Los despojos de esta civilización ofrecían bastante opulencia aún para excitar la envidia y el temor; y hasta hubieran bastado para sublevar el horror de los cristianos de España contra aquella gente aficionada al adorno, á los alegres festejos, á la limpieza, al lujo, si la Inquisición no hubiera visto en sus mismos hábitos una especie de reto á la disciplina eclesiástica. «Los moriscos se encerraban para trabajar los domingos y días de fiesta. Las novias á quienes los curas obligaban á vestir trajes cristianos si querían recibir las bendiciones de la iglesia, se desnudaban en llegando á sus casas, y vistiéndose como moras, celebraban sus bodas á la morisca con instrumentos y manjares de moros. Si algunos aprendían las oraciones, era porque no les consentían que se casasen hasta que las supiesen» (3). Hacían sus sepulcros á campo raso en medio de sus propiedades (4). Pero lo que más excitaba la indignación contra ellos era su limpieza: tal era la repugnancia que tenían los españoles á los baños calientes, que hasta en nuestros días, en las mayores ciudades de España, difícilmente los encuentra el extranjero (5): acaso creían sus teólogos que es mal pecado tener tanto cuidado del cuerpo (6); y era como una prueba de acendrada fe rechazar todo lo que podría recordar las abluciones musulmanas.

Acusaba también el pueblo á los moriscos de

(2) «Hacen recundas las piedras.» Calderón, *Amar después de la muerte*, jornada II.

(3) Luis del Mármol Carvajal, *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, pág. 157.

(4) Cervantes, *Don Quijote*, cap. XII, historia de Marcela.

(5) He observado el hecho en Granada y en Córdoba.

(6) Los puritanos de Inglaterra tenían la misma aprensión en el siglo siguiente, y se escandalizaban de los baños que tomaba en el Támesis, durante su destierro en Londres, la bella duquesa de Chevreuse. (Conde de Baillon, *Enriqueta María de Francia*, pág. 83.)

favorecer las incursiones de los corsarios berberiscos y de darles las indicaciones que facilitaban las presas de cautivos en las costas de España (1); de regocijarse de los triunfos de las flotas turcas, y de alentar la esperanza de la independencia, hasta el punto de haber estado dispuestos, durante el sitio de Malta, «para hacer rebelión y apoderarse de Granada con el favor de la armada turca victoriosa,» dice Fourquevaux. Y añade: «Los corsarios de Berbería bajaron, no hace seis semanas, por el país de Granada y saquearon una tierra del duque de Sesa, la cual tierra está á seis leguas de la mar, lo que no hubieran hecho sin estar en inteligencia con los moriscos del país» (2).

Así, todos los especiosos argumentos que arraigan las preocupaciones y justifican los artificios de la razón de Estado se ponen al servicio de los odios nacionales. Los vencidos, hay que reconocerlo, eran causa de debilidad y de peligro para España: se inmovilizaban sobre las ruinas de su antiguo esplendor; se mantenían como una nación aparte; un pueblo tendrá siempre quejas de los que se aprovechan de sus leyes sin fundirse en su unidad. La misma repulsión se observa hoy aún contra los judíos entre los cristianos del Danubio, contra los chinos entre los americanos del Oeste. La identidad de sentimientos es tal que se podrían aplicar á estos judíos y chinos las palabras de Cervantes (3), que decía de los moriscos de su tiempo: «Todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado y para conseguirlo trabajan y no comen: en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan á cárcel perpetua y á oscuridad eterna; de modo que ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España... considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden poco ó mucho; entre ellos no hay castidad ni entran en religión ellos ni ellas; todos se casan, todos multiplican... no los consume la guerra ni ejercicio que demasadamente los trabaje; róbannos á pié quedo y con los frutos de nuestras herencias que nos revenden se hacen ricos; no tienen criados porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la de robarnos.»

Apénas nombrado Inquisidor general el car-

(1) Marmol. «Acogian á los turcos y moros berberiscos para que captivasen á los cristianos.»

(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10751, fol. 40, Fourquevaux al rey, 5 nov. 1565.

(3) El *perro Berganza*.

denal Espinosa, «comenzó á estrechar de cerca á los moriscos más que antes» (4), y los señaló á los rigores de Felipe II. Si sólo había que tomar medidas para satisfacer las preocupaciones populares y el celo del Santo Oficio, no lo podemos apreciar bien hoy: ello es lo cierto, sin embargo, que el duque de Alba, poco clemente en general para con los que permanecían fuera del orden establecido, se opuso á todo nuevo reglamento para los moriscos (5), porque juzgaba inoportuno el momento para una provocación; cierto es igualmente que Felipe II se resistió mucho tiempo á las apasionadas instigaciones del clero. «De los enemigos, los ménos,» le decía Espinosa. Fué preciso alarmar su conciencia con verdaderas amenazas (6) para arrastrarlo á tentar la transformación de un pueblo en el momento en que la partida de sus tercios á Flandes lo dejaba desarmado contra los peligros de un levantamiento.

A mediados de noviembre de 1566, se dejó imponer Felipe por el inquisidor Espinosa y su agente Don Pedro Deza las *prácticas* contra los moriscos: á contar del 1.º de enero siguiente, los moriscos no podían poseer armas, esclavos, trajes á su estilo, ni cerraduras en sus puertas; debían proveerse sin demora de vestidos de cristianos, abandonar el *habarah* y el *feredje* con que las mujeres se cubrían la cara y los hombros, usando en su lugar toca y corpiños; tenían que permitir á los extraños que entraran en sus propias casas; habían de olvidar su lengua y aprender el castellano en un plazo de tres años y abstenerse de los baños calientes so pena de diez años de galeras (7). ¡Hasta sus nombres propios tenían que abandonar!

Puesto caso que quería una revolución, habría podido el rey, á lo ménos, preparar tropas para asegurar el éxito; pero no añadió ni un soldado á los presidios ni hizo ocupar un solo puesto fortificado (8). Creía que la Providencia favorecería sus medidas, lisonjeándose de servir sus altos designios y confió los pormenores á un eclesiástico.

(4) Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*.

(5) Cabrera, lib. VII, cap. XXI.

(6) «Le encargan la conciencia sobre ello.» Los testigos sobre esta intervención del clero están unánimes, y se citan en la introducción de la preciosa publicación de Alfredo Morel-Fatio, *España en los siglos XVI y XVII*. Heilbronn, 1878, pág. 4 á 6.

(7) Herrera, I, 337. «Afligidos con la prohibición de que las mujeres no pudiesen cubrir sus rostros ni usar de los baños.» Marmol. — «Mandaron que en ningún tiempo usasen de los baños artificiales, ni se bañasen en sus casas.» Mendoza. «Vedaron el uso de los baños que era su limpieza.»

(8) Mendoza. «Sin guardia ni provision de gente, sin retortar presidios viejos, ó formar otros nuevos.»

Nadie podía ser más torpemente elegido que Deza, oidor de la Inquisición, designado por el rey para dirigir, como presidente de la chancillería de Granada, la reforma de la vida íntima de los moriscos. Con un espíritu estrecho y envidioso, quiso Deza tener exclusivamente el mérito de la obra, apartó la autoridad militar y creyó que la violencia estaría bastante bien servida por una policía de agentes subalternos, alguaciles, escribanos de audiencia, gente dada á usurpar funciones para las cuales no son ellos propios y sobre todo las de lo militar (1); y que se daban buena maña en llevar á sus mujeres las gallinas, la miel, la fruta y el dinero que quitaban á los moriscos (2).

Contra esta combinacion de reglamentos crueles y mezquinas vejaciones, emplearon los moriscos el primer año sólo súplicas, y pudieron interesar en su suerte, no sólo al duque de Alba, sino tambien al marqués de Mondejar, capitán general de Granada. Felipe II y el cardenal Espinosa juzgaban que habian llevado á cabo una loable y noble accion: y con esa fatuidad de los oficinistas que permanecen inflexibles porque se creen en lo cierto, prestaron desdeñoso oído á las quejas de los condenados y á las reclamaciones de los hombres de guerra; miraron con lástima á los que no comprendian el mérito de la empresa y todavía forzaron la ejecucion: ni se dignaron siquiera informarse de si detrás de esta resistencia pacífica se ocultaban preparativos de lucha.

En esta orgullosa seguridad se pasaron dos años sin que la chancillería española, acostumbrada á proceder con lentitud, se inquietara por la tardanza y sin que Deza condenara la tolerancia venal de sus subordinados. Durante estos dos años hicieron los moriscos sus preparativos de alzamiento y eligieron sus jefes.

En la villa de Válor, en las crestas de las Alpujarras, vivian dos hermanos que pretendian descender de Fátima, hija de Mahoma: uno de ellos fué encerrado en las prisiones de Granada; su hijo Aben-Humeya hubo de matar á muchos alguaciles que querian echarle mano, y por este acto de audacia fué designado por jefe de la nueva dinastía de los reyes moros. Consultaron profecías é hicieron observaciones astrológicas; vistieron de púrpura al mozo y le hicieron jurar, con la cabeza vuelta al Oriente, morir por la fe musulmana: despues de esto,

(1) Mendoza.

(2) Marmol. La Memoria del marqués de Mondejar y las piezas anejas, publicadas por Morel-Fatio, están contestes con Marmol.

besaron el suelo donde habia puesto los piés y lo proclamaron rey de Granada y Córdoba con el nombre de Mohamed-Aben-Humeya. El nuevo soberano dividió el mando de las tropas entre su tío Aben-Jauhar, y un jefe de proscritos, llamado Aben-Farax; hizo preparar en la montaña depósitos de armas y víveres, y fijó la fecha del levantamiento para la noche de Navidad de 1568.

Tenia Aben-Humeya veintidos años de edad, poca barba, tez oscura, ojos negros y grandes, cejas corridas; y era bastante inteligente para no comprender que sus jardineros y pastores no podrian sostener mucho tiempo la guerra con los ejércitos de España; por lo cual se dió buena prisa en pedir socorros á Uluch-Alí, jefe de los corsarios de Argel, y al sultan, por medio de un renegado calabrés, á quien envió á Constantinopla.

Jamás se habia ofrecido á los turcos ocasion más favorable para extender su dominacion. Granada y Córdoba valian más que Malta ó Chipre: hubieran sido menester todas las fuerzas de la Europa cristiana para expulsar á un ejército genizaro establecido en Andalucía. Pero los turcos tienen sistemas de raciocinio y categorías de ideas que no tienen nada de comun con los nuestros: no entienden nuestra lógica y subordinan á mezquinos incidentes las más vastas combinaciones. Acostumbrados á no ver ante sí en Oriente más que venecianos y genoveses, no comprendieron que España era un adversario por otro estilo temible; sólo atendieron á su desconfianza de los moriscos, «gente ruin y de poca palabra, y mal astuta en la guerra, sin experiencia alguna en las armas, (3)» despreciados casi al igual de los judíos, y prepararon una expedicion contra las posesiones venecianas, limitándose á enviar al nuevo rey de Granada sólo 1,200 hombres. Los corsarios de Africa ofrecieron venderle por su dinero armas y municiones.

Con esto, casi abandonado á sus propios recursos, espera Aben-Humeya que el éxito le procure aliados, y da la señal de la rebelion dos dias ántes del convenido matando á un capitán y cuarenta jinetes que estaban alojados en las casas de Cádiar. Muy luégo su lugarteniente, el tintorero Aben-Farax, que se suponía descendiente de los Abencerrajes, intenta un golpe de mano contra Granada. Al efecto, se introduce el dia siguiente de Navidad en el Albaicin, barrio moro de Granada, durante

(3) Hita.

una tempestad de nieve y entre las sombras de la noche, llevando tan sólo ciento cincuenta jinetes.—Sois pocos y venís presto (1), le contestan los pacíficos habitantes, mientras la guarnicion española se atrincheró en la Alhambra y en el barrio cristiano. El marqués de Mondejar tiene la audacia de penetrar en el Albaicin, permaneciendo en él todo el dia: aconseja á los mercaderes moriscos que confien en el rey, que desprecien á los campesinos y corredores de montañas que quieren su ruina, y los seduce ó los intimida y no vuelve á la Alhambra sino despues de haberse asegurado de su fidelidad.

Irritado Aben Farax de este fracaso, cae sobre el pueblo de Orjiva y sitia á los cristianos que se han refugiado en una torre en número de ciento sesenta; hace llevar barriles de aceite á la puerta, les pega fuego y mata al fin á los cristianos. Esta matanza es la señal de las más atroces violencias contra los españoles de la region: una raza ingeniosa y cruel hace expiar los ultrajes devorados desde hace tantos años. Llenan de pólvora la boca del cura de Mairena y le prenden fuego; entierran á su vicario hasta la cintura y hacen que sirva de blanco á los arqueros; otras víctimas son abandonadas á una muerte lenta, enterradas hasta los hombros: algunos cristianos son atados con cuerdas y entregados á las moriscas que los pinchan con sus agujas, agrandan sus heridas con cañas, los desuellan y despedazan poco á poco (2). A veces los atan á un árbol y los matan á pedradas y puñaladas, y se viola y tortura á sus propios ojos á sus mujeres y hermanas (3). Otros son desarticulados coyuntura á coyuntura, y miembro tras miembro. Una vieja de Urraca escoge tres mozas cristianas, las más hermosas del valle de Almería, y se divierte en desgarrarlas lentamente con las uñas, en aporrearlas y hacerlas morir bajo sus piés (4). A los que en su agonía invocan á la Madre de Dios, contestan: ¡Perro! Dios no tiene madre (5).

Los horrores son atajados presto por el joven rey que hace desaparecer á Farax despues de la muerte de cerca de tres mil cristianos; pero no lo hace por compasion: una suerte más

(1) Mendoza.

(2) Mendoza. «Entregáronlos á las mujeres que con agujas los matasen.»

(3) Marmol. «Traxeron allí dos hermanas doncellas que tenia y en su presencia las vituperaron y maltrataron.»

(4) Hita.

(5) Marmol, pág. 192.

triste que la muerte les está reservada. Todos los cautivos son llevados á Sorbas para venderlos á los corsarios berberiscos; y se da un cristiano por una escopeta (6). Los judíos de Argel comprenden al punto las ventajas de este tráfico y lo organizan con su inteligencia mercantil. Llenan de armas, de municiones y víveres muchos barcos y los dirigen á Andalucía, volviendo á Argel con cargamento de esclavos. El sultan envía los mil doscientos hombres que ha prometido.

II.—Expedicion del marqués de Mondejar

El honrado y bravo capitán general no habia estado ocioso, pero la insuficiencia de recursos militares de que disponia lo habia obligado á concentrar sus tropas entregando así el país á los rebeldes. A primeros de enero salió de Granada con poco más de dos mil hombres, animados tanto por el celo religioso como por el anhelo del botín. Los españoles «se referian entre sí el bienestar, la abundancia y opulencia de los enemigos (7);» no temian más que á las flechas emponzoñadas y se hacian indicar los remedios propios para heridas desconocidas en sus anteriores campañas: el eléboro negro y el acónito impregnaban, segun decian, las flechas; estos venenos helaban la sangre, anublaban los ojos, causaban náuseas, espumarajos en la boca y entorpecimiento. Se decia que se evitaba la muerte lavando la herida con jugo de membrillo ó de retama (8). En todo caso, el primer choque pareció decisivo: al salir de la Vega de Granada, en el desfiladero de Alfajarali, sólo perdieron los cristianos siete hombres, matando ellos seiscientos moriscos y persiguiendo á los fugitivos por la montaña hasta la villa de Poqueira, donde estaban las mujeres de los rebeldes de las Alpujarras. Del mismo empuje ocuparon este pueblo, donde pillaron gran cantidad de oro, vestidos y esclavos. Derramáronse luégo por los valles de la otra vertiente, llevándose de camino cuanto hallaban á mano. «Habia hombres que hasta los gatos traian, las calderas, cedazos, artesas, aspás, devanaderas, cencerros, asadores, y otras futezas semejantes; todo esto por no perder el uso de hurtar: no digo aquí señaladamente quién lo hacia, porque en comun todos eran ladrones, y yo el primero» (9). Despues de la ocupacion de algunos

(6) Hita.

(7) *Ibí.* «El regalo, la riqueza, la abundancia de cosas necesarias.»

(8) Mendoza.

(9) Marmol.

pueblos, los españoles, que se hallaban cercados por la nieve, faltos de víveres y cargados de botín, renunciaron á arrastrar nuevos esclavos, que no podían mantener, y mataron hasta un millar de sus moriscos, á pesar de las órdenes de Mondejar.

Acababan de libertar unas ochocientas cristianas de la venta para Argel: el marqués las hizo acompañar por una escolta hasta Granada. Grandísima indignación causó entre los cristianos esta lastimosa vista. Había entre las mujeres «dueñas, damas nobles, apuestas y hermosas doncellas, criadas con mucho regalo, que iban desnudas y descalzas y tan maltratadas del trabajo del captiverio y del camino, que quebraban los corazones» (1).

El feroz Deza explotó con alegría esta indignación, é hizo desollar vivo al jefe morisco El-Zamar, que Mondejar enviaba preso á Granada; luégo, sangriento y palpitante, lo hizo exponer al sol. Envidioso de la autoridad que se granjeaba el capitán general, confió Deza un mando al marqués de los Velez y dirigió todos los refuerzos hácia este segundo ejército.

El marqués de los Velez se puso en marcha en la primavera con sus vasallos, voluntarios y jóvenes soldados reclutados en el populacho de las ciudades: era una turba ávida de pillaje, y en una montaña hubo de sorprender hasta unas diez mil mujeres que se habían retirado con sus hijos huyendo del ejército de Mondejar. «Estaban, dice uno de los soldados de esta expedición (2), puestas á la orilla de un tajo de peñas muy altas que miraba al mar, se abrazaban unas con otras y se derrumbaban abaxo; otras haciendo cruces con palitos é hincadas de rodillas decían: yo cristiana; pero el diabólico escuadrón las hacían pedazos ó las echaban por las peñas abaxo, sin exceptuar á los gatos y perros. En ménos de dos horas fueron muertas más de seis mil personas, y de niños, desde uno hasta diez años, había más de dos mil degollados... Yo ví por mis ojos la cosa más atroz que jamás habían visto las gentes: una morisca, cubierta de heridas y rodeada de cinco de sus hijos muertos á vista de sus ojos, por favorecer al sexto, niño de pecho que llevaba en los brazos, se puso boca abaxo y en esta postura la mataron, tirándole también algunos golpes al infante, aunque sin alcanzarle, mas como estaba bañado en la sangre de su madre lo creyeron

(1) Marmol. Véase también los documentos publicados por Morel-Fatio, *España en los siglos XVI y XVII*, pág. 80.

(2) Hita.

muerto. La mora, revolcándose con las ansias de la muerte, se quedó boca arriba... y el niño arrastrando como pudo, se llegó á ella y movido del deseo de mamar se asió de los pechos de la madre sacando leche mezclada con sangre... Yo tomé el niño en los brazos y le llevé á lugar seguro y le entregué á otras moriscas que habían sido presas como esclavas. No sé si el salvar á esta criatura fué por su buena ó mala fortuna.» Mondejar hizo conducir á las moriscas salvadas á la iglesia «para repartirlas entre los capitanes y soldados.»

Al cabo de algunos días fué tan abundante el botín y las esclavas estaban á tan vil precio, que los soldados comenzaron á desertar para llevar su mercancía á los mercados de las ciudades. Allí excitaron la codicia de los que no tenían valor para ir á buscar moriscas á la montaña, ni medios de adquirirlas en la plaza pública, y muy luégo se organizaron partidas para dar golpes de mano en los pueblos inofensivos que no habían tomado parte en la rebelión. Un capitán llamado Villalta salió de Guadix con una cuadrilla, entró de noche en Laroles «y mató á todos los moriscos que moraban allí sobre seguro, y llevándose cautivas á todas las mujeres y niños se volvió á Guadix» (3).

Este medio fácil de hacer fortuna tuvo luégo imitadores, y los mercados de España se llenaron de *hermosas moriscas*, en tal número que se enviaron cargamentos de ellas á Mallorca y aun á Nápoles.

El ejército del marqués de Mondejar no tardó en desmoralizarse, como el de los Velez, por el hábito del asesinato y la deserción. El número de moriscos muertos era tan crecido que en algunos parajes había que beber agua mezclada con sangre, «porque á la parte arriba del lugar fueron muertos muchos moros y moras junto al mismo arroyo que bajaba á él.» A las veces se atacaba un pueblo contra las órdenes de los jefes: así un sobrino del arzobispo de Toledo, Don Juan de Villaroel, atrajo á sus órdenes, contra las de Mondejar, una parte del ejército para asaltar un campamento morisco é hizo matar á los mejores capitanes aplastados por grandes pedruscos (4).

Este hecho sirvió á Deza para denunciar á Mondejar ante el rey, como caudillo sin autoridad en su ejército. El envidioso inquisidor quería desembarazarse de un capitán general que no comprendía la necesidad de suprimir

(3) Hita, pág. 616.

(4) Mendoza.

á los moriscos; y había concitado contra él á todos los agentes civiles, empleados de chancillería, proveedores de víveres, gente de rapiña que tenía á raya el íntegro caudillo; abrumaba á Felipe II y al cardenal Espinosa con queja sobre queja; ocultaba los triunfos alcanzados y rehusaba reconocer el estado de abatimiento en que había caído la rebelión después de golpes tan rudos.

Andalucía, sin embargo, estaba casi dominada; el tío del rey moro, Aben-Jauhar, procuraba refugiarse en Africa con sus riquezas y moría en el momento de embarcarse; las montañas estaban sembradas de puestos atrincherados y los insurgentes acorralados en sus guaridas. Pero Felipe II, sin dar el poder á Deza, como se le pedía, creyó conveniente amenguar el de Mondejar y dividió la Andalucía en dos mandos militares que confió al marqués de Mondejar y al de los Velez, á las órdenes superiores ambos á dos, del hijo natural de Carlos V Don Juan de Austria. Puede creerse que Deza sintió amargamente esta decepción; á lo ménos, quiso darse, antes de la llegada de Don Juan, una satisfacción que este príncipe no hubiera verosímilmente tolerado. Al principio de la rebelión había tomado en rehenes ciento cincuenta moriscos de los más ricos de Granada, extraños absolutamente á las violencias cometidas en la montaña, como á él mismo constaba; eran comerciantes enriquecidos ó nobles que vivían del producto de sus tierras, y se alegraban acaso en su interior de una prision que les impedía comprometerse y demostraba su inocencia. Pues bien, el inquisidor Deza los hizo matar á todos á la vez en cuanto supo el nombramiento de Don Juan de Austria. Nadie lo condenó. «Gente flaca, liviana, inhábil para todo, sino para dar ocasión á su desventura» (1).

III.—Don Juan de Austria

Los señores que abrieron el testamento de Carlos V tuvieron la sorpresa de leer en él estas palabras: «Hube un hijo natural de una mujer soltera, el qual se llama Jerónimo» (2). Supieron también que el emperador había confiado este niño á un tañedor de viola, llamado Francisco Maffi, mediante el precio de cincuenta ducados al año (3), y que á la edad de siete años, lo había puesto en manos de su mayordomo Luis Quijada para que lo tuviera en una

(1) Mendoza.

(2) Este testamento se publicó en los *Papeles de Estado de Granada*.

(3) *Ibid.*, tom. IV, pág. 498.

situación intermedia entre la de paje y la de hijo adoptivo.

Felipe II tuvo esta noticia durante los preliminares de la paz con Francia y aparentó un cariño novelesco á este hermano de once años



Don Juan de Austria
copia de un cuadro de A. Sanchez Coello existente en el Museo Nacional de Madrid

que se le había revelado (4). Creía conveniente poner entre él y los grandes de España una clase de bastardos imperiales que lo separara más del resto de los hombres; y con el mismo espíritu que le hizo elegir á su hermana Margarita para regenta de los Países Bajos, se apresuró á dar á su hermano un nombre principal, el de Don Juan de Austria, y una servi-

(4) Don Juan de Austria nació en Ratisbona á fines de febrero de 1547.